



Figura después, como maestro, Fray Francisco de Loja (1580-1589). De su época son los mejores ornamentos que hoy admiramos, de oro matizado, con pasajes de la vida de Nuestro Señor y de San Juan Bautista. Empleábanse en ellos, como materias principales, los ricos brocados. Otras nombres que se señalan son los de Fray Francisco de Alcalá y Fray Rafael de Barcelona, dibujante y bordador notables, respectivamente.

Más tarde se trasladó el obrador al mismo Monasterio, a una pieza que daba al llamado Patio de los Reyes, bajo la dirección de Fray Bartolomé de Santiago, a quien—en 1674—sucedió Fray Juan de San Agustín, «que hacía muy bien de manos y cordones», y luego, Fray Pedro de la Vega, a quien se deben las mejores bolsas de corporales que guarda la basilica; y ya al finalizar el siglo, figuraba Fray Juan de Ortega como administrador.

Durante el XVIII se suceden en la dirección Fray Juan Vaquero, Fray Francisco García, Fray Juan de los Reyes, Fray Manuel González y Fray Gregorio Gómez, los cuales, más que de crear, se ocupan de reparar y modificar los ornamentos que venían conservándose, según leemos en un documento de la época: «Por su cuidado se repasó e hizo quasi de nuevo el ornamento de Honras de Reyes, que estaba ya bastante trabajoso...»

Las precedentes referencias confirman el interés que Felipe II demostró por el arte del bordado, sin que sus sucesores dejaran de prestarle continua protección.

De ello es ejemplo elocuentísimo el Real Monasterio de El Escorial, entre cuyas múltiples e inestimables riquezas no es ciertamente la menor su valiosísima colección de ornamentos, que en las Salas capitulares se ofrece a la admiración de los amantes del arte de todos los tiempos. Su conjunto es realmente vario y rico, admirando el dibujo y el primor de ejecución de aquellos artesanos, que lograron los más atractivos e innumerables matices de modo tan maravilloso, que, como escribió el P. Sigüenza, «no parece puedan llegar el pincel y los colores donde llegaron la aguja y la seda, que van matizando el oro».

Entre este tesoro resalta, por su valor único, un terno matizado en blanco, con el Nacimiento y la Infancia del Salvador. El campo de la tela es de plata frisada, con dibujo de oro. Los cuadros y franjas de cada pieza están bordados al matizado, en sedas de colores, sobre fondo de oro hilado, y rodeándolos preciosas cenefas de canutillo, también de oro, con vástagos y pámpanos, hojas y racimos de uvas, delicadamente combinados, ofreciendo un conjunto magnífico.

Bordados de análogo mérito se aprecian en otro delicadísimo terno, que representa los milagros que obró Jesucristo y algunas parábolas del Evangelio. Los de las dalmáticas se refieren al misterio de la Resurrección, y los de las caídas, a la Vida del Señor y parábolas. Las cenefas llevan cintas entrelazadas a troncos de vid, y hojas de acanto, igualmente sujetas.

Otras joyas del arte del bordado son dos capas, una perteneciente al terno de la Resurrección, y otra, la usada en la Epifanía, y que representa

con minuciosa fidelidad asuntos de esta fiesta: la Adoración de los Pastores, la de los Reyes Magos, la Institución del Sacramento de la Eucaristía y la Resurrección de Cristo.

Lo que más cautiva al contemplar todo ese prodigio de artesanía española es la prolijidad de la composición, la multiplicidad de imágenes y escenas, adornos y figuras, y el armónico conjunto de tanto colorido y tanta seda, en un trabajo de tan rara maestría, que, sin embargo, no ha sido aún lo debidamente estudiado y divulgado.

A menudo nos acude el recuerdo de los minicados policromos que aparecen en los códices de la época, con sus oros purísimos y su brillante plata, y que, cuando los admiramos, sorprende que puedan datar del siglo XVI; tal es la frescura y limpidez que muestran, que se dijera acababan de salir a la luz del día, y en manera alguna que llevan cuatro centurias durmiendo en la penumbra de bibliotecas y de archivos. He aquí estos contornos deliciosos de hilillo de oro; estas cabezas modeladas a la perfección; estos paños, plegados con elegante simetría. Figuras concienzudamente dibujadas, paisajes plenos de vida y sus siluetas de ángeles, a los que la vaporosidad del bordado presta la gracia y ligereza del vuelo..., amén de las mil minucias decorativas siempre elegantes, siempre bellas y resueltas, que completan y enriquecen la totalidad de la obra.

Una de las casullas, bordada bajo la dirección e inspiración de Fray Lorenzo de Montserrat, puede también ser examinada junto a los inigualables ejemplares descritos. Es de tela de oro frisada, y se perfilan sus adornos con seda verde. Las franjas, que constituyen lo más vistoso, llevan, sobre fondo de terciopelo—verde asimismo—lazos de oro y plata, y madroños de la misma seda, sujetos a los lazos llamados de Milán.

El terno de Difuntos, que en sus principios fué de terciopelo carmesí y adornos de oro, se repite posteriormente en terciopelo negro, sobre el que lucen cartelas con calaveras y otros símbolos alusivos a la muerte, intercalados con flores.

El terno de San Lorenzo presenta profusión de adornos, también con cartelas, y la emblemática parrilla en su interior. Aunque de mérito inferior a los ya reseñados, su tonalidad ofrece un efecto muy justo de color y composición acertada. El fondo es de terciopelo carmesí, bordado en lentejuelas de oro y plata, y el dibujo corresponde marcadamente al estilo Renacimiento. Merecen, por último, mención especial las franjas, que con un fondo de terciopelo y seda sobrepuestas, nos ofrecen conjuntos deliciosos. Solían tener cartelas con la corona real y la parrilla entrelazadas, y servían para adornar el Palacio, empleándose también como guarnición de los sillones de la época—que han motivado tantas y tan burdas imitaciones en siglos posteriores—, posible creación del gran artista Berruguete.

El insigne escultor, tras larga ausencia de su patria, durante la cual pensionado por Carlos V, trabajó en Italia, al lado del proteico Miguel Ángel, ha dejado impresa la huella de su garra genial, esculpida además de sus valiosas tallas policromadas—que enriquecen el museo de Valladolid—, muebles en nogal, juntamente con los entallados de Jerónimo Hernández y Gregorio Pardo; los tres considerados como los verdaderos orientadores del llamado por antonomasia «estilo español».